

LOS NUEEVOS

UNAS ESTRUCTURAS PARA UNA PROFESION

GUILLERMO LUIS DIAZ-PLAJA

«H E aquí el momento de implantar en nuestro país los resultados del esfuerzo de los técnicos modernos para organizar la nueva sociedad». Este fragmento corresponde a uno de los muchos textos-manifiesto aparecidos en la revista «A. C.», portavoz oficial del GATCPAC (Grupo de Arquitectos y Técnicos Catalanes para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea). Estos días se celebra en el Colegio de Arquitectos de Barcelona una exposición, en la que se muestran documentos escritos y gráficos de este movimiento. Fundado en 1929, en Barcelona, por un grupo de jóvenes arquitectos, encabezado por Josep Lluís Sert, pretendía incorporar las tendencias racionalistas de la Bauhaus

y, adaptándolas a nuestras necesidades, trasladarlas a su contexto. A pesar del escaso lapso de tiempo en que estuvo operante el grupo ha dejado testimonios como la Casa Bloc de viviendas económicas, en la barriada barcelonesa de San Andrés, y el Dispensario Antituberculoso de Barcelona, que lleva la firma de Sert, Torres Clavé y Subirana. El impacto de este grupo —como escuela, como renovación y como espíritu— puede decirse que no ha tenido, hoy por hoy, nada ni nadie comparable. Su influjo llegó a formar otro grupo paralelo, el GATEPAC, de arquitectos españoles: Fernando García Mercadal, Santiago Esteban de la Mora, Manuel Martínez Chumillas, Ramón Anibal Alvarez, Víctor Calvo y Fe-

lipe López Delgado, en Madrid. Y en el Norte, Aizpurúa, Labayen y Vallejo.

Volviendo al GATCPAC, que tuvo de hecho una inserción más real, es pensable, dada la ambición y capacidad demostradas en pocos años, que hubiesen tenido un desarrollo tan profundo como espectacular en el país. Quizá la muestra más significativa sería el revolucionario plan urbanístico Maciá, de 1932, para Barcelona y realizado con la colaboración de Le Corbusier. Este, como otros, como tantas cosas, no pudo realizarse. La gran fosa 1936-1939 se lo llevó como a la mayoría de miembros de GATCPAC, que han desarrollado sus actividades profesionales en el exilio. El caso de Sert, decano

hasta hace poco en Harvard y maestro indiscutido de la arquitectura mundial, basta para verificar que la esperanza era fundada.

Mientras recorro la exposición y contemplo planos, fotografías, recortes de periódicos y retratos en sepia, empiezo a sentir una sensación de nostalgia que define el machiniano cantar de «lo que pudo haber sido y no fue» de nuestra arquitectura y nuestro urbanismo. Desde las plantas superiores del Colegio de Arquitectos de Barcelona se puede dar una lección práctica de urbanismo. De lo que no debe ser, claro está. Contemplando el magma de un casco antiguo, que ostenta un record casi mundial de densidad, léase, pues, de insalubridad, viendo sin esfuerzo

El Colegio de Arquitectos de Barcelona se viene distinguiendo, respecto a los otros de España, por una constante preocupación cultural, que se traduce en terlo crítico. Ayer fueron las exposiciones de ADLAN y Miró, y este año el homenaje al GATEPAC, algunas de cuyas realizaciones y proyectos aparecen

GATEPAC

La arquitectura catalana y española alcanzó un alto grado de cohesión en los años 20, que se vio truncado por la guerra civil.

Esta renovación fue llevada a cabo por el GATEPAC (Grupo de Arquitectos y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea), movimiento del grupo originario, fundado en Barcelona, en 1929.

De este grupo catalán, que heredó el nombre de GATEPAC, formaron parte, entre otros, Josep Lluís Sert, Josep Torres Clavé, Sureda Illera, Germán Rodríguez Arias, Eusebio Churruga, Pere Altamira, Manuel Subile Español, Guisela Altamira y Francisco Pereda, y, como colaborador, Antoni Bonet.

En otros puntos de España se promovieron actividades arquitectónicas bajo su signo ideológico. Con la fundación del GATEPAC, celebrada en Zaragoza, en octubre de 1930, quedó constituido una entidad amplia, dirigida técnicamente en tres frentes: Centro, Norte y Sur. En el primero, la individualidad más destacada era:

Fernando García Mercadal, Santiago Esteban de la Mora, Manuel Martínez Chumillas, Ramón Anibal Alvarez, Víctor Calvo y Felipe López Delgado, y en el Norte, José Manuel Aizpurúa, Joaquín Labayen y Luis Vallejo.

El GATEPAC pretendió una total renovación de nuestro arquitectura y urbanismo, y, surge simultáneamente de otros aspectos del diseño. Este labor, que, aunque interrumpido, tuvo lugar de 1929 a 1936. Lo más destacado es seguramente el proyecto de Ciudad de Reyes y Vocaciones (de 1921 - 1924), para ser realizado entre Gaudí y Castellón, como núcleo de integración social y urbanística de Barcelona. Muy representativo de las inquietudes del grupo es

el bloque de viviendas económicas de San Andrés, conocido como Casa Bloc (proyectado en 1923 y concluido en 1930). En cuanto a edificios, el más importante es el Dispensario Antituberculoso, de Sert, Torres Clavé y Subirana. Merece citarse también la Iglesia de San Juan de Sert. En el plano urbanístico, merece especial mención el proyecto de la nueva ciudad de Barcelona, que se planteó en 1929 y 1930. Supuso GATEPAC la introducción, por primera vez en España, un organismo de las nuevas corrientes arquitectónicas y urbanísticas que sirvió como a través grupo generador del movimiento racionalista del grupo internacionalista.

ARQUITECTOS



manifestaciones artísticas con un crimen en un catálogo lleno de nostalgia.

Exposición GATE P.A.C. Colegio de Arquitectos de Cataluña y Baleares Sección de Expositores Enero-Marzo 1971

urbanismo y la arquitectura. Pero, al mismo tiempo, recordarla, quizá se propiciando la tradición propia, concretamente en Cataluña, con el GATEPAC, sería o continuarse, aunque por vías racionalistas, lo que se había interrumpido con el modernismo. El GATEPAC había en Europa una amplia analogía y el reconocimiento de que se estaba produciendo aquí un fenómeno de verdadero «vanguardismo cultural». Así en 1952 se celebra en Barcelona una reunión del CIRPAC, precursora del

Congreso que se celebraba en Amon, y donde se hizo público la famosa Carta de este nombre. Resulta además la importancia que tuvo para el estudio arquitectónico español esta reunión, sus debates, las intervenciones de tantos figuras preclaras: La Corbuier, Gieddon, Gropius, etc., y también la reflexión que se estableció entre estos y los jóvenes arquitectos españoles. Como se los he hecho saber, con el GATEPAC se daba, por primera vez en España, la batalla en todos los frentes del diseño, desde el industrial al urbanístico

la desvirtuación del ensanche explotado al doble de la capacidad para que lo pensase Cerdá. El gris humoso, edificación más polución que reclama a gritos a la vista y a los pulmones unos espacios verdes, previstos sí, primero, pero edificados —¿por qué?, ¿por quién?— después. La congestión de un tráfico desbordante es más perceptible con las primeras luces de la noche, que hacen destacar «rutilantes» los altísimos neones publicitarios que coronan orgullosos los edificios «singulares» de los grandes Bancos. Estos impiden ya ver el cinturón suburbial. Viejos y nuevos barrios de viviendas, en condiciones similares de precariedad, densidad, subequipamiento, marginación.

Mientras bajo a la calle pienso que la Torre de Madrid ofrece un panorama de la capital similarmente didáctico, pero más desolador, en una fase más avanzada. Bilbao, Sevilla, Valencia viven sus procesos de urbanización con caracterís-

ticas específicas, pero no menos críticas ni criticables. Estoy al final de mi encuesta. Y me encuentro donde partí: de la contemplación desazonada de la arquitectura-resultado que me llevó a plantearme la cuestión-tema de mi informe.

Detrás de nuestras ciudades, detrás de cada casa que se construye, de cada barrio que se planea hay un arquitecto. De todas y de cada una. Ser arquitecto es participar, en una medida u otra, en el proceso constructivo no sólo individualmente, sino también corporativamente con las reglas del juego de nuestra sociedad, de nuestra economía. De un modo simplista se puede saber cómo son nuestros arquitectos por sus resultados en general, como nivel y doctores tiene la crítica —a los que me sumo— para enjuiciarlos. Pero yo he querido saber hasta qué punto es válido emplear el término **los nuevos arquitectos** para designar a los que en términos generaciona-

les serían los **jóvenes arquitectos**. O dicho más claro: hasta qué punto las nuevas promociones son distintas, críticas, renovadoras, representan una ruptura con el «statu quo». Pero veamos primero qué elementos configuran esta situación, cuál es el marco institucional real que define y condiciona el comportamiento de los arquitectos y sus relaciones con el sistema. Después estudiaremos la dialéctica de inserción de los nuevos titulados y su hipotético rechazo o integración.

Estamento, clase, casta

Es indudable que la imagen pública de la figura del arquitecto goza de un prestigio social. Nivel de renta más bien elevado, posición de poder en la sociedad y su famosa síntesis arte-técnica han ido creando un halo que ha atraído directamente o de modo inducido vía paterna cientos de vocaciones. El carácter selectivo de los estudios

—muchos son los llamados, pero pocos los ingresados— mitificaba aún más la profesión. En una Universidad clasista y con criterios restrictivos la figura resultante tenía que ser claramente elitista en una doble acepción. Primero por su procedencia de fortuna forzosamente acomodada para acceder al estudio y poder mantener unos períodos académicos especialmente dilatados y con preparaciones auxiliares costosas. Segundo, porque el resultado justificaba la inversión en tiempo y dinero; era la incorporación a un lugar de privilegio; el «*numerus clausus*» era garantía de poder fuerte compartido por los menos. Situación coherente con el contexto socioeconómico, por otra parte.

Es claro que este estamento profesional participa de lo menos una de las características que definen las élites según Wright Mills: el poder de decisión como fuerza política o económica, que es un factor más importante en sí que la propia riqueza material y que, por supuesto, no la excluye. Quienquiera que haya observado atentamente características formales y de apariencia externa de arquitectos, ha podido constatar, si no en sus resultados sí en su voluntad, un cierto distanciamiento. En los gustos que se puede traducir en forma de vida, en el vestido y actitudes sociales que hacen entrar a bastantes de ellos —un tanto frívolamente— en las características de una casta, en lo que tiene de selecto y por lo que tiene de cerrado. Estas actitudes son detectables también —acaso «*in crescendo*»— en las generaciones jóvenes —independientemente de sus ideas, como una superestructura estético-decadente que imprime carácter. O como un pionerismo de corrientes culturales, un vanguardismo de modas que se abandonan apresuradamente al menor indicio de masificación.

Todo esto, con ser síntomas superficiales y discutibles, es perfectamente válido para definir una de las características estructurales del planteamiento profesional: el espíritu de cuerpo.

Malthus y los colegiados

Hasta hace unos diez años aproximadamente, las cosas estaban clarísimamente así: promociones de quince o veinte alumnos acababan la carrera en las dos o tres Escuelas de Arquitectura existentes y, pasados a formar parte del Colegio, no aumentaban prácticamente su número y, por tanto, las posibilidades de reparto del volumen de obra no disminuían. Pero los planes de estudio de 1957 y 1964, si bien no constituían una reforma sustancial en lo pedagógico, sí aumentaban el cupo de graduados posibles. Y de hecho, las promo-



Los criterios por los que se rigen las enseñanzas de Arquitectura están pidiendo a gritos una reestructuración radical. Concepto, metodología y, sobre todo, la relación teoría/práctica son los pilares que en su estado actual provocan la crisis que a todos los niveles está planteada. El ambiente de inquietud renovadora y profunda de algunos alumnos y profesores contrasta con el conformismo de otros, que lo que desean es su título. En la foto, un aula —¿en trabajo?, ¿en paro?— de la Escuela de Madrid.

ciones últimas han sido numerosas, frecuentemente de 200 graduados. Entre 1945 y 1954 se colegiaron menos arquitectos (233) que entre 1955 y 1959 (249). En el último decenio han pasado de mil los nuevos arquitectos. Hoy hay dos veces más que hace diez años, pero cuatro más que en 1950, y los 1.692 colegiados de hoy representa que el total de después de la guerra se ha multiplicado por ocho. Extrapolando la curva de crecimiento se ha obtenido una previsión de 2.500 arquitectos para 1975. Sólo en Madrid.

Estas cifras hablan por sí solas. En otros colegios, la evolución proporcional es similar e indica clarísimamente que estamos ya y se avecina aún más una crisis de tipo malthusiano. Contra la fácil crítica de que «antes faltaban arquitectos y ahora sobran» baste decir que, aun en ese hipotético 1975, seguiremos estando, como ahora mismo, por debajo de la cifra de países desarrollados, como Francia, Inglaterra, Alemania. Seguirán faltando, entre otras causas, porque nuestras necesidades constructivas desbordan hoy el número de arquitectos actuales y, de crecer adecuadamente, aún las seguirán desbordando.

Pero, de hecho, la subida masiva de promociones más numerosas de arquitectos jóvenes sí está

haciendo sentir los primeros efectos de una crisis profesional. Cuesta mucho más abrirse paso ahora que hace veinte años y bastante más que hace diez y más que hace cinco. Pero si tenemos en cuenta que el volumen de construcción aumenta espectacularmente en esos mismos períodos, aparece una primera contradicción: la del reparto del trabajo. Dicho en términos simples: los grandes arquitectos se llevan la parte del león y lo que resta debe ser repartido entre la mayoría. Ya analizaremos más adelante este fenómeno, del que ahora nos interesa señalar su existencia a efectos de señal de alarma que caracteriza una de las perspectivas del graduado reciente.

Notarios de la técnica

De las diversas entrevistas realizadas para documentar testimonialmente esta encuesta, acaso un profesional tan prestigioso como Eduardo Mangada sea quien haya contribuido más a clarificar el «status» profesional arquitectónico. «Naturalmente que hay que verlo dentro del proceso constructivo. Este, explicado históricamente, daba una relación dual arquitecto-cliente en la que éste propone unas necesidades y aquél se encarga de formalizarlas. Entonces, el propio cliente contrata a una empresa constructora la realización

material. Este estadio ideal está prácticamente en vías de extinción; subsistiría aún para el encargo privado de chalet o casos similares o muy especiales. Ahora —explica Mangada—, el cliente del arquitecto es el propio constructor, inmobiliaria, promotora o lo que sea, e impone al arquitecto unas pautas operativas. De tipo estético, económico y técnico. Y estos patrones impuestos, que el arquitecto ha de aceptar si quiere realizar el encargo, conforman las características del producto arquitectónico, la vivienda en la mayoría de los casos. Esto significa que la empresa promotora dirige de hecho la formalización de unas necesidades humanas, sociales». Implicación obvia es que los criterios que una empresa inmobiliaria aplica para resolver esta dialéctica forma-función son de carácter económico, léase rentabilidad, y que, por tanto, es la forma la víctima y el usuario el perjudicado en definitiva.

Las empresas saben muy bien lo que quieren, pero necesitan del arquitecto que avale. «Vistas desde esta perspectiva, la gran contradicción en la que incurre el arquitecto es que su rol social se trastruca. Porque está puesto por la sociedad, por el Estado para que vele por el control de calidad técnica y para que vele, en definitiva, por los intereses del usuario,

porque de lo contrario sería defraudado. En cambio, la estructura económica de la construcción hace que de hecho el arquitecto sirva para legalizar y dar por buena una obra hecha bajo los condicionantes de las leyes de rentabilidad, con todos sus agravantes éticos, estéticos, técnicos».

En definitiva, el arquitecto juega sobre el papel la figura de un notario de la técnica cuya obligación es de dar fe de unos «standards» de calidad.

El marco institucional

Todo graduado joven, con una dosis mínima de lucidez, ha de tomar conciencia del marco institucional en el que se inserta y observar las relaciones y el sutil o brutal sistema de dependencias e imbricaciones de la profesión con la sociedad, con la estructura económica, con el poder. Y un análisis adecuado le hace ver que en realidad la situación del arquitecto se produce en la confluencia de una política inmobiliaria y de unos privilegios profesionales mantenidos. Toda obra —desde un rasca-cielos a un plan parcial, pasando

por la más pequeña vivienda unifamiliar— debe llevar la firma de un arquitecto y el visado del Colegio; es un principio. El segundo principio sería que lo que el arquitecto firma, el Colegio lo da por bueno. Y el tercero, que la Administración —si se ajusta a las ordenanzas municipales— acepta todo lo que el Colegio vise. Estos tres principios explicarían por sí solos una buena parte de los desaguisados arquitectónicos y urbanísticos que se pueden apreciar a simple vista y otros tantos que no emergen.

Acaso podría dar una medida de referencia crítica el contemplar dos políticas concretas en países de economía de libre mercado. El primer ejemplo sería Estados Unidos, donde para obras de hasta un determinado nivel la Administración no exige que lleven la firma de un arquitecto. Se presentan los planos, los haya hecho quien fuere, y se les somete a una serie de «checking-lists» que incluyen muchos requisitos técnicos. Si ese control riguroso es pasado, la casa puede ir adelante. Si no, no. Parece una forma contundente de garantizar a la sociedad, al usuario, en defi-



La revista «CAU», del Colegio de Aparejadores de Barcelona, editó recientemente un «poster» cuya caricatura sintetiza la crítica del planteamiento estructural de la arquitectura como privilegio al servicio de una clase en la que el vínculo familiar no es más que una fórmula de las muchas posibles para el control de unos medios de producción en aras de una rentabilidad.

LOS NUEVOS ARQUITECTOS

nitiva, contra fraudes o pseudoarquitectura. El otro ejemplo —Inglaterra— es ilustrativo de cómo una política de riguroso control de calidad, combinada con una concepción financiera más progresiva puede dar resultados técnicos y económicos satisfactorios para el usuario. Cuando un constructor realiza viviendas, si éstas se ajustan a unos determinados «standards» de solidez, tiene la doble ventaja de que no sólo los eventuales compradores se beneficiarán de créditos estatales muy sustanciosos para financiarse la compra, sino que el hábitat reúne buenas condiciones técnicas.

El caso británico es especialmente pedagógico para nuestro país, que tiene en vigor un régimen diametralmente opuesto. La política de créditos exhaustivos e indiscriminados a los constructores ha dado, por una parte, el fortalecimiento progresivo de las empresas inmobiliarias hasta un régimen oligopolístico y de tendencia a la concentración, y, por otra, su consecuencia inmediata es el control de la producción en manos de las grandes empresas. Sus implicaciones en calidad dudosa y precios indudablemente altos son las leyes del mercado inmobiliario actual y de sobra conocidas de todos.

Crisis y fetiche de la profesión liberal

Aunque aparezca exhaustivo es importante extenderse en la descripción del marco real en el que se encuentra la profesión. Esto, que hace tan sólo veinte años no era así, por el desarrollo de la economía, se ha convertido en un condicionante de primera magnitud. La estructura del cliente que quiere construir su casa y elige su arquitecto, o la más lejana del arquitecto que selecciona entre sus clientes los que le brindasen proyectos más atractivos, ha periclitado. Las grandes empresas son quienes seleccionan a sus arquitectos, según se ciñan a sus condiciones y sirvan mejor a sus intereses.

Lo curioso del caso es que la estructura mental que lleva al establecimiento del estudio de arquitecto privado, con su placa en el portal, sigue viva. A ella se aferran por supuesto, los profesionales mayores, a pesar de que tengan que ir a las inmobiliarias a buscar su trabajo. Y a ella se aferran —según los datos y testimonios recogidos en una encuesta, aunque sólo sea como tendencia— bastantes profesionales jóvenes a la primera oportunidad que tienen. No es de extrañar, puesto que la profesión está «pensada», por así decirlo, con esa mentalidad y su institucionalización viva y operante, el Colegio, está concebido con carácter gremial para la defensa corporativa y mancomunada de una



El enorme volumen de obra —acrecentado espectacularmente con el indiscriminado «boom» de la construcción— exigía, entre otros requisitos éticos y técnicos, una revisión de los mecanismos de control del Colegio. No obstante, como la foto muestra, el acto del visado sigue siendo un trámite más o menos burocrático y la garantía teórica de calidad definitiva de casi toda la edificación —buena, regular y mala— que se ofrece a nuestros ojos.

LOS NUEVOS ARQUITECTOS

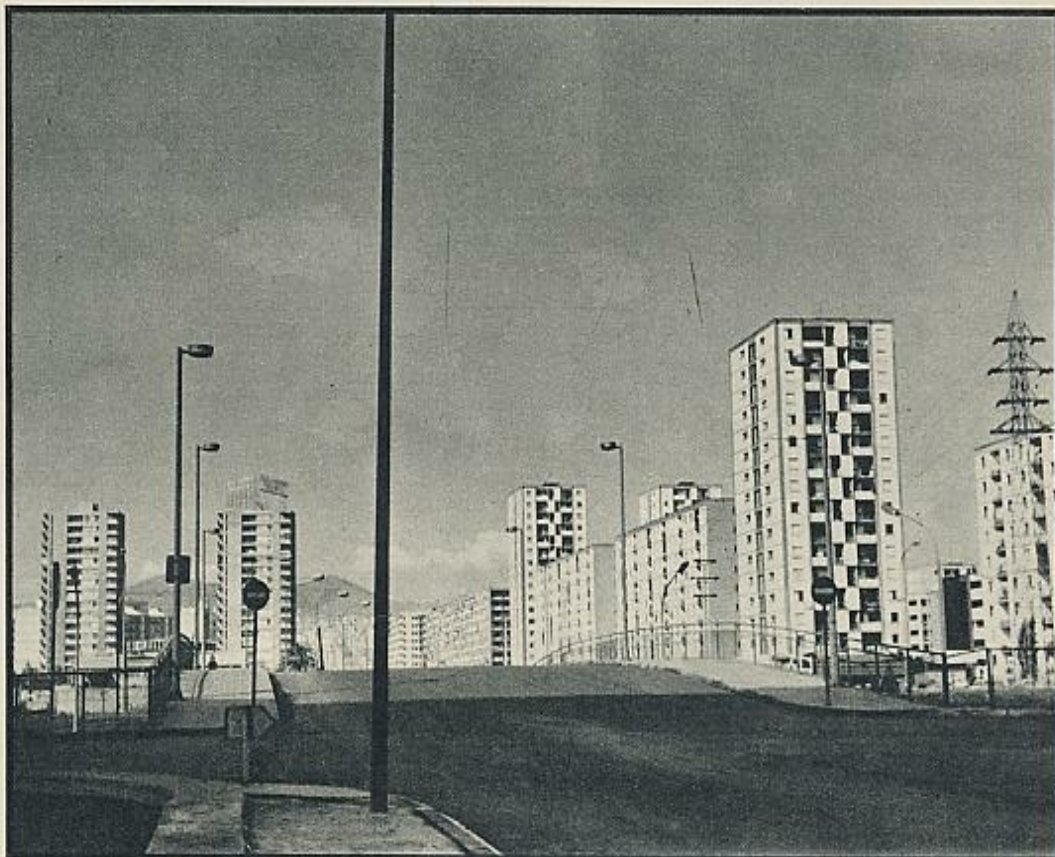
suma de intereses individuales. Resulta obvio que nada está más lejos de la realidad tecnológica de la coyuntura de la construcción actual que el estudio artesanal individual. Todo hoy, desde el cálculo de estructuras hasta el interiorismo, debería estar concebido a escala de equipos. Y el equipo sugiere la idea no sólo de reparto de trabajo cuantitativamente, sino de atribuciones por especialidades. Pero ya a partir de la formación recibida en la Escuela de Arquitectura todo graduado que no tenga un sentido crítico sale convencido de su santa libertad individual de creación, de su inspiración como artista renacentista y profesional liberal y no preparado a constituirse en equipo coherente para responder a la complejidad de la demanda tecnológica y social de la arquitectura de hoy.

En este sentido, la postura excepcional de estudios como el de Oriol Bohigas, con sus socios Martorell y McKay, en Barcelona, tienen el valor de mantener a un gran nivel de calidad la praxis liberal de una arquitectura que se hace compatible con grandes exigencias formales y basada en unos planteamientos serios, consecuentes, que —según me decía el propio Bohigas— obligan a esfuerzos de racionalización terriblemente sutiles. Entre otras cosas, porque la relativa independencia a la que obligan posturas así no puede zafar de condicionamientos de la adaptación al mercado con «handicaps» evidentes, como, por ejemplo, los que produce la diversificación de sistemas constructivos en cada empresa. La falta de estandarización y la inexplicable casi ausencia de prefabricación son factores que inciden decisivamente en todo el proceso constructivo y afectan tanto a los costos como al resultado formal y, por otra parte, a la mano de obra o al usuario.

Ahora bien, de ser posible, si se fuese a mantener o fuese más frecuente la figura del profesional liberal consciente y competente, tendría sentido hasta cierto punto la responsabilidad civil y penal concentrada en el arquitecto sólo y especialmente. Pero, al igual que la firma obligatoria de todo proyecto, para el arquitecto es una prebenda de exclusividad, para un profesional que no es sino una parte de todo un engranaje tecnológico, en el que deben entrar otros técnicos de alta competencia y responsabilidad real en su campo de especialización, también tiene su riesgo, en cierto modo, desmesurado en la responsabilidad legal exclusiva. ■ G. L. D.-P. Fotos: ARCHIVO y RAMON RODRIGUEZ.



Es obvio que la realización de construcciones a partir de una determinada escala —bloque, grupo, barrio— exige unas determinadas estructuras profesionales que inhabilitan el estudio liberal de corte artesanal para ir hacia los estudios cuando menos en equipo o mancomunados. Pero, muchas veces, las grandes inmobiliarias recurren a un solo graduado que proyecta por el sistema de molde de flan serializado...



Próximo número: LOS NUEVOS ARQUITECTOS (II). De la edificación de consumo a la actitud crítica.